

Alicia García-Herrero*
Mira Milosevich**

CHINA Y RUSIA. NACIONALISMO, ECONOMÍA Y GEOPOLÍTICA

China y Rusia, aunque con importantes diferencias, son dos posimperios revisionistas con una ambición común: cambiar el orden global. Las intenciones de Rusia se han mostrado más claramente con la invasión de Ucrania, mientras que China se ha beneficiado de la agresividad rusa para ofrecer una alternativa al Sur Global. Rusia, un posimperio en decadencia, necesita el apoyo de China para avanzar en su guerra contra Ucrania. La disposición de China a prestar ese apoyo se produce a cambio, no solo de la agresividad de Rusia en ese cambio de orden mundial, sino también de un mejor acceso a materias primas y armamento ruso, así como a la Ruta del Ártico. A medida que la economía rusa aumenta su dependencia de la china, la balanza debería seguir inclinándose a favor de esta última.

China and Russia. Nationalism, economics and geopolitics

China and Russia, although with significant differences, are two revisionist post-empires with a common ambition: to change the global order. Russia's intentions have been more clearly demonstrated with the invasion of Ukraine, while China has benefited from Russia's aggressiveness to offer an alternative to the Global South. Russia, a post-empire in decline, increasingly needs China's support to continue with its war against Ukraine. China's willingness to provide such support comes in exchange for Russia's push to change the global order but also for better access to Russian raw materials, weapon capabilities as well as the Arctic Route. As the Russian economy becomes more dependent on China, the balance should continue to tilt in favor of the latter.

Palabras clave: China, Rusia, potencias revisionistas, invasión de Ucrania, orden global, Sur Global.

Keywords: China, Russia, revisionist powers, invasion of Ukraine, global order, Global South.

JEL: A12, F0, F21.

* Investigadora del *think tank* Bruegel y Profesora Asociada de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Hong Kong.

Contacto: alicia.garcia@bruegel.org

** Investigadora principal para Rusia, Eurasia y los Balcanes del Real Instituto Elcano y Profesora Asociada de la Universidad del Instituto de Empresa (IE).

Contacto: mmilosevich@rielcano.org

Versión de mayo de 2024.

<https://doi.org/10.32796/ice.2024.935.7791>

1. Introducción

Europa parece haber descubierto la relación contemporánea entre la República Popular China (RPC) y la Federación de Rusia poco después de la invasión de Ucrania por parte de Rusia en febrero de 2022. En realidad, esta nueva relación, después de un largo periodo en el que estos países vecinos miraron a otro lado, comenzó en 1991, después de la desintegración de la Unión Soviética (URSS). Sin duda esta relación reciente se ve influenciada por los desacuerdos ideológicos durante la Guerra Fría, pero con un frente común que se ha vuelto mucho más evidente desde la invasión de Ucrania, que es el de socavar el orden liberal internacional creado, sostenido y liderado por los Estados Unidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Las relaciones entre China y Rusia han progresado de manera constante desde el final de la Guerra Fría y recientemente han alcanzado una «asociación estratégica integral de igualdad, confianza mutua, apoyo mutuo, prosperidad común y amistad duradera» (Xi, 2023). Al mismo tiempo, ambos países muestran una creciente asertividad en su comportamiento externo y enfrentan situaciones internacionales cada vez más tensas que ponen a prueba su «amistad».

Ha sido ampliamente observado que China y Rusia se han acercado progresivamente durante las últimas dos décadas (Niblett, 2024). Este acercamiento parece contradictorio con los principales paradigmas de la teoría de relaciones internacionales: realismo, constructivismo y liberalismo. Los realistas ven el ascenso de China como una amenaza para Rusia, los constructivistas subrayan las diferencias ideológicas y culturales entre los dos países, y los liberales se preguntan por qué ambos países no buscan mejorar sus relaciones con Occidente en lugar de acercarse entre sí (Yoder, 2020). Para comprender las actuales relaciones entre Rusia y China, consideramos que la teoría de realismo neoclásico (Rose, 1998; Ripsman *et al.*, 2016, entre otros) es adecuada como marco analítico. El realismo neoclásico enfatiza que «el alcance y la ambición de

la política exterior de un país están impulsados en primer lugar y ante todo por su lugar en el sistema internacional y específicamente por sus capacidades de poder material relativo», pero, al mismo tiempo, que «el impacto de tales capacidades de poder en la política exterior es indirecto y complejo» (Rose, 1998, p. 146). El análisis realista neoclásico es especialmente relevante para evaluar las relaciones entre grandes potencias como China y Rusia, porque estos dos países desempeñan roles estructurales significativos dentro del sistema internacional y sus entornos geopolíticos influyen en su política exterior.

2. Cuán compleja ha sido la relación entre China y Rusia

La historia de los dos países refleja dos importantes similitudes: el sistema político autoritario del régimen comunista y el pasado imperial que sigue siendo parte del ADN de ambas naciones. De hecho, ambos países han dejado de ser imperios para transformarse en Estados-nación, aunque conservando su identidad civilizatoria, o dicho de otra manera, manteniéndose como civilizaciones. En ese sentido, los dos países no esconden sus ambiciones de interferir en los territorios que de antaño formaron parte de sus imperios. Estas potencias revisionistas, junto con Irán, representan una amenaza para la estabilidad del orden liberal internacional. Sin embargo, hay muchas diferencias entre ellos. La más obvia es que Rusia es la heredera de un imperio comunista que colapsó, mientras que China sigue siendo un sistema comunista con características propias, gobernado por un partido único. Ambos países han utilizado el capitalismo para crecer, pero han adoptado un modelo de capitalismo controlado, conocido como capitalismo de Estado. Una de las grandes diferencias entre ambos es el modelo económico y, lo que es más importante, su éxito. China es una economía abierta, diversificada y dinámica, aunque siga desacelerándose. Por otro lado, Rusia es una economía totalmente dependiente de sus recursos naturales, con la mayor parte del

empleo creado por el Estado y sin perspectivas claras de futuro, al menos en el ámbito económico.

Entre 1949 y 1991, entre la fundación de RPC y la desintegración de la URSS, la relación entre los dos países ha pasado por diferentes fases. En la primera mitad de la década de 1950, la RPC y la URSS disfrutaron de buenas relaciones bilaterales establecidas por el Tratado sino-soviético de Amistad, Alianza y Asistencia Mutua, que supuso un cierto grado de cooperación económica, militar y tecnológica. Sin embargo, surgió una ruptura ideológica entre Pekín y Moscú después de que Nikita Jrushchov asumiera el liderazgo de la URSS en 1953, que fue percibida por Mao Zedong como «desviación del camino del auténtico comunismo». La escalada de las tensiones culminó en varias disputas fronterizas, y en una hostilidad abierta, incluido el enfrentamiento militar en 1969 en la isla de Zhenbao (Damanski), que casi se convirtió en guerra. En los años setenta, la relación entre China y la URSS fue marcada por la «diplomacia triangular». Henry Kissinger, secretario de Estado (1973-1977) en la Administración de Richard Nixon, jugó un papel clave en este proceso. Con el objetivo de impedir que la URSS y China se aliaran, Kissinger promovió un acercamiento entre Washington y Pekín, para evitar una ofensiva geopolítica soviética (Kissinger, 1994, pp. 755-787). La relajación de las tensiones condujo a la cumbre chino-soviética celebrada en mayo de 1989, donde el líder soviético Mijaíl Gorbachov visitó Pekín para reunirse con Deng Xiaoping. Su visita coincidió con la protesta de los estudiantes chinos en la Plaza de Tiananmén. Las protestas representaron un claro desafío a la autoridad de Deng. El 3 y 4 de junio de 1989 las demandas de democratización fueron brutalmente suprimidas por el Ejército Popular de Liberación. Las fuentes oficiales confirmaron 260 manifestantes fallecidos y 7.000 heridos. Gorbachov se sintió sorprendido y consternado por el derramamiento de sangre, lo que contribuyó a su deseo de seguir un rumbo diferente (Sarotte, 2021). La URSS no intervino para impedir la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, ni tampoco en el colapso del comunismo en la URSS o en los países

del Pacto de Varsovia. En 1991, el líder chino Jiang Zemin correspondió con una visita a Moscú, durante la cual los dos países acordaron resolver una parte de su larga disputa fronteriza.

Desde entonces, Moscú y Pekín han firmado varios acuerdos. En 1996, acordaron una «asociación de coordinación estratégica», así como el Acuerdo Multilateral sobre el Fomento de la Confianza en el Campo Militar en las Zonas Fronterizas entre China, Rusia, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán, que provocó reducciones mutuas en las fuerzas militares a lo largo de sus fronteras compartidas. En 2001, China y Rusia firmaron el Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa. Ese mismo año, Rusia se unió a China y otros países (Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán) como miembro fundador de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) dirigida por China, que tiene como objetivo promover la cooperación entre varios países de todo el continente euroasiático. Unos años más tarde, en 2004, China y Rusia lograron un avance significativo con la resolución final de su disputa fronteriza. En agosto de 2005, China y Rusia llevaron a cabo su primer ejercicio militar conjunto, conocido como Misión de Paz 2005.

En 2011, las dos partes conmemoraron el décimo aniversario de la firma del Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa al actualizar las relaciones entre China y Rusia a una «asociación estratégica integral de cooperación». En 2019, los países volvieron a mejorar sus relaciones a una «asociación estratégica integral de cooperación para una nueva era». Durante una visita de Estado a Moscú para marcar la mejora de las relaciones en 2019, el presidente chino Xi Jinping declaró que «la relación China-Rusia está experimentando un desarrollo continuo, constante y sólido a un alto nivel, y está en su mejor momento de la historia».

A medida que China y Rusia han reforzado los lazos entre sí, ambas partes han buscado la cooperación al menos en los ámbitos donde es mutuamente beneficiosa, evitando al mismo tiempo interferir en los intereses fundamentales de la otra parte. La declaración conjunta de 2019 sobre la mejora de las relaciones enumera

cinco principios básicos de la relación, entre los que se encontraba el principio de «comprensión y acomodación mutuos y cooperación beneficiosa para todos». Este enfoque ha ayudado a Beijing y Moscú a capear múltiples choques y evitar el tipo de alianza rígida e ideológica que se convirtió en la división chino-soviética durante la Guerra Fría. Estas mismas dinámicas volvieron a hacerse presentes el 4 de febrero de 2022, menos de tres semanas antes del inicio de la invasión de Ucrania por parte de Rusia, cuando se reunieron Xi Jinping y Vladímir Putin al margen de los Juegos Olímpicos de Invierno de Beijing. La reunión culminó con una declaración conjunta que reafirmó que «las relaciones entre Rusia y China son superiores a las alianzas políticas y militares de la era de la Guerra Fría». Además, se añadió: «La amistad entre los dos Estados no tiene límites, no hay áreas de cooperación “prohibidas”». En términos prácticos, como ha señalado un alto cargo del Gobierno chino, esto se traduce en que «Rusia y China no están siempre juntas, pero nunca enfrentadas».

La decisión de China de no oponerse a la anexión de Crimea por parte de Rusia en 2014 (Korolev y Portyakov, 2018) o de no condenar la invasión de 2022, desempeñaron un papel importante en la consolidación de la relación y en su forma actual. A lo largo de 2023, los líderes rusos y chinos se reunieron varias veces, pero fue especialmente importante la reunión entre Putin y Xi Jinping con ocasión de la cumbre de la Organización de Cooperación de Shanghái, celebrada el 15 de septiembre de 2023 en Uzbekistán, porque sirvió a ambos líderes para promover lo que consideran una prioridad en su relación. Putin, consciente de la preocupación de China por la guerra en Ucrania, agradeció a Xi Jinping «la posición equilibrada en lo que concierne a la crisis ucraniana». Al mismo tiempo, reiteró el apoyo ruso a China frente a Taiwán. Xi expresó la buena disposición de China a «hacer esfuerzos con Rusia para asumir su responsabilidad de grandes potencias, y asumir el papel de guías para inyectar estabilidad y energía positiva en un mundo caótico» (Ministerio

de Asuntos Exteriores de la República Popular China, 2023). Los dos países no son aliados, pero su política exterior está alineada.

Más allá de la relación pragmática entre los dos países, en el caso de Rusia, hay profundos motivos históricos que le motivan a acercarse a China. Desde la anexión de Crimea en 2014, Dmitri Medvédev, entonces el primer ministro de la Federación Rusa en varias ocasiones, ha subrayado la ambición de Rusia de «pivotar» hacia China y Asia. Sin embargo, se trata de una antigua ambición rusa. En 1830, cuando toda Europa condenó al Imperio ruso por la brutal represión de la rebelión polaca, los rusos, influenciados por dos de sus grandes escritores, Aleksandr Pushkin y Fiodor Dostoievski, vislumbraron el futuro de Rusia en Asia. Esta visión se basaba en su pasado (la Rus de Kiev, considerada por los rusos como el embrión de su imperio, fue invadida por los mongoles en el siglo XIII, ejerciendo su dominio sobre diferentes tierras rusas hasta finales del siglo XV) y en su presente, marcado por la condena de Europa (Dostoievski, 1881). Desde entonces, en las situaciones de las tensiones con Occidente, Rusia gira hacia Asia, porque en Asia es donde Rusia es «Europa». El segundo motivo es la «Doctrina Primakov», articulada por Yevgeny Primakov, quien fue ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de Boris Yeltsin, entre 1996 y 1999 y primer ministro (1998-1999). Primakov definió la identidad estatal de Rusia como la de una gran potencia que debe aspirar a un mundo multipolar, y la identidad nacional rusa como euroasiática: «Rusia ha sido y sigue siendo una gran potencia, y su política hacia el exterior debe corresponder a ese estatus. Rusia es tanto Europa como Asia, y esta situación geopolítica sigue teniendo mucho peso en la formulación de su política exterior. Sus intereses geopolíticos incluyen China, India y Japón, y no solo Estados Unidos y Europa. También Oriente Medio y el Tercer Mundo. Sin tal alcance geopolítico, Rusia no podría seguir siendo una gran potencia y desempeñar el papel para el que está destinada. Los valores geopolíticos son constantes y no pueden ser abolidos por la evolución histórica» (Mankoff, 2011,

p. 154). Vladímir Putin es el presidente que ha intentado poner esta doctrina en práctica.

3. Consecuencias geopolíticas de la guerra en Ucrania

La guerra en Ucrania ha acercado a China y Rusia más que nunca. La aprobación del liderazgo chino entre la población general de Rusia ha alcanzado un máximo histórico del 71 %, según un estudio de Gallup publicado en noviembre de 2023, mientras que la opinión de los rusos sobre Estados Unidos se hundió a niveles no vistos en más de una década (Tsui, 2023). Los sentimientos positivos de Rusia hacia China aumentaron durante 2023 (en 2010 solo el 30 % de los rusos veía la relación entre Moscú y Pekín como positiva), a medida que los países occidentales continuaron imponiendo sanciones económicas. Los índices de aprobación de Pekín entre los rusos han ido en aumento desde la anexión de Crimea en 2014, según muestran los datos de Gallup. Dicha aprobación es más alta en la región del lejano oriente de Rusia y más baja en San Petersburgo, en el noroeste, donde la oposición al Kremlin también es más generalizada. Mientras tanto, la aprobación de los rusos de los líderes de Estados Unidos se ha desplomado: solo un 6 % califica positivamente a Washington.

Xi Jinping y Vladímir Putin se han reunido en 42 ocasiones durante los últimos diez años. En una reunión en octubre de 2023, Xi destacó que habían desarrollado una «buena relación de trabajo y una profunda amistad». Además, agregó que ambos trabajarían juntos para «salvaguardar la justicia internacional» a través de una «asociación estratégica de coordinación global». Pero mientras Putin está ansioso por seguir fortaleciendo la relación, se enfrenta al persistente desafío de que Rusia se convierta en un «socio junior» de China en el mejor de los casos o en un vasallo en el peor (Gabuev, 2024). Aunque el mayor interés común de Rusia y China sea la erosión del poder de Estados Unidos, pues ambos países son potencias revisionistas que pretenden cambiar el *statu quo* del orden liberal

internacional, mantienen diferentes estrategias para lograrlo: mientras las de Rusia incluyen el uso de la fuerza militar, China se limita, por ahora, a emplear tácticas económicas para alcanzar sus objetivos geopolíticos (aunque su poder militar está aumentando, sobre todo, en el Pacífico).

La actual guerra en Ucrania, que el Kremlin justifica con los argumentos históricos e identitarios, ha creado una realidad política completamente nueva para Rusia y ha renovado la base ideológica del Gobierno de Putin (Milosevich, 2024). El putinismo, el sistema político de Rusia, es un régimen híbrido que combina el autoritarismo maduro con prácticas totalitarias soviéticas. Y está imponiendo una visión revisionista de la identidad nacional rusa, de la identidad estatal, de las fronteras internacionalmente reconocidas (que Rusia había aceptado en 1991 después del colapso de la URSS), así como del orden liberal internacional.

Para Xi, la invasión de Ucrania por parte de Rusia, como ya lo hizo la anexión de Crimea, sienta un precedente respecto a Taiwán. En otras palabras, si Occidente acaba aceptando que Rusia se haga con Ucrania, la reunificación forzada de Taiwán se convierte en algo más factible, lo que también ayudaría a poner más presión a las autoridades taiwanesas a encaminarse hacia una reunificación consensuada. En cambio, si Rusia acabara perdiendo la guerra y las sanciones de Occidente destruyen su economía, Xi se vería forzado a ser mucho más cauto en lo que se refiere a Taiwán, porque los apoyos a una posible invasión o bloqueo, dentro del partido comunista, podrían empezar a desaparecer. En otras palabras, la importancia de Ucrania para China no acaba en oponerse a unas reglas de juego que China —y Rusia— consideran impuestas por Occidente. El desenlace final de la guerra de Ucrania es clave para las aspiraciones de Xi en Taiwán.

4. Rusia y China, dos Estados posimperiales

El final de la Guerra Fría, por lo menos durante algún tiempo, significó la victoria de las democracias liberales.

En los años noventa, tanto en la Unión Europea como en Estados Unidos se entendió como el «fin de la Historia». Se pensaba que el capitalismo liberal triunfaría sobre sus rivales, y que el camino hacia un orden mundial más estable, basado en los principios de los vencedores de la Guerra Fría, estaba abierto para todos. Las élites políticas occidentales creían que la globalización de la producción y las finanzas, la difusión de la democracia y el poder blando de un Occidente triunfal podrían transformar el mundo. Y que la incorporación de Rusia y China a las instituciones económicas internacionales llevaría una democratización de estos dos países. Dicha democratización no solo no ha ocurrido, sino que su fracaso, en el caso de Rusia y China, ha servido para dar alas a sus políticas revisionistas.

Al tiempo que los diferentes grupos terroristas y Corea del Norte representan problemas muy serios, las democracias liberales se enfrentan a dos nuevos desafíos: la fragmentación del orden mundial y el auge de las potencias revisionistas en las regiones a las que vinculan su seguridad y su prosperidad económica, y que son cruciales para la estabilidad global: Rusia en Europa, China en Asia Oriental e Irán en el Oriente Medio. Se avecina una nueva era de conflictos imperialistas en Eurasia (Mankoff, 2022), como se refleja en la guerra en Ucrania, en la de Gaza, y las tensiones continuas producidas por la ambición de China de «unificarse» con Taiwán. Las democracias liberales se enfrentan a Rusia, China e Irán, no solo por la primacía en regiones estratégicamente importantes de Europa y Asia Oriental, sino, más aún, por la configuración del orden mundial y las instituciones internacionales. Rusia, China e Irán están desafiando los principios del orden liberal internacional al superponer los principios de equilibrio de poder, que fueron la base del orden mundial hasta la Gran Guerra, sobre los del orden liberal internacional, basado en normas jurídicas y en la idea wilsoniana de «garantizar la seguridad de las democracias».

El desafío que los Estados revisionistas plantean al orden mundial posterior a la Guerra Fría, liderado por Estados Unidos, se basa en una concepción alternativa

de la política internacional. Esta concepción excluye los principios westfalianos de respeto a la soberanía e integridad territorial y, en su lugar, recurre a la hegemonía derivada de relaciones de poder históricas, culturales, religiosas u otras, en una cronología de larga duración. Las tensiones entre la reivindicación de un estatus especial por parte de los Estados posimperiales y la insistencia de Estados Unidos en que todos los Estados —salvo él mismo— se sometan a normas e instituciones codificadas por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial y universalizadas tras el final de la Guerra Fría, se ha convertido en la principal línea de fractura en esta nueva era de rivalidades entre grandes potencias. Rusia y China son posimperios porque han fracasado en convertirse en un Estado-nación. Mientras Rusia manifiesta abiertamente sus ambiciones imperialistas conquistando territorios de los países vecinos, las «conquistas» de China son más geoeconómicas. Ambos países se camuflan autodefiniéndose como «civilizaciones», presentándose como entidades capaces de desafiar a Occidente, precisamente porque han sido imperios en el pasado (Coker, 2019; Acharya, 2020).

Los líderes políticos de Rusia y China consideran que sus Estados encarnan civilizaciones distintas con culturas políticas diferentes, lo que sugiere que los «valores universales» de Occidente no son tan universales. Las afirmaciones de las élites de Moscú y Pekín de que sus Estados representan civilizaciones diferentes tienen la capacidad de movilizar esas identidades civilizacionales contra lo que perciben como la hegemonía de Occidente, lo cual es de gran importancia. Tal capacidad se nutre e identifica con los legados imperiales que han heredado y que funcionan como pretexto para no considerarse Estados-nación ordinarios. Tanto Rusia como China se empeñan en recobrar un periodo anterior de gloria histórica, confiando en sus culturas ricas y antiguas y promoviendo el populismo. Además, consideran que los Estados-nación occidentales, supuestamente menos «civilizados», no tienen derecho, tampoco la legitimidad, para aplicar sus reglas y leyes, o sus ideologías democráticas, a los Estados-civilización

más antiguos (Coker, 2019; Acharya, 2020; Lamo de Espinosa, 2021; Mankoff, 2022).

5. Economías de Rusia y China: complementariedad con creciente dependencia de Rusia

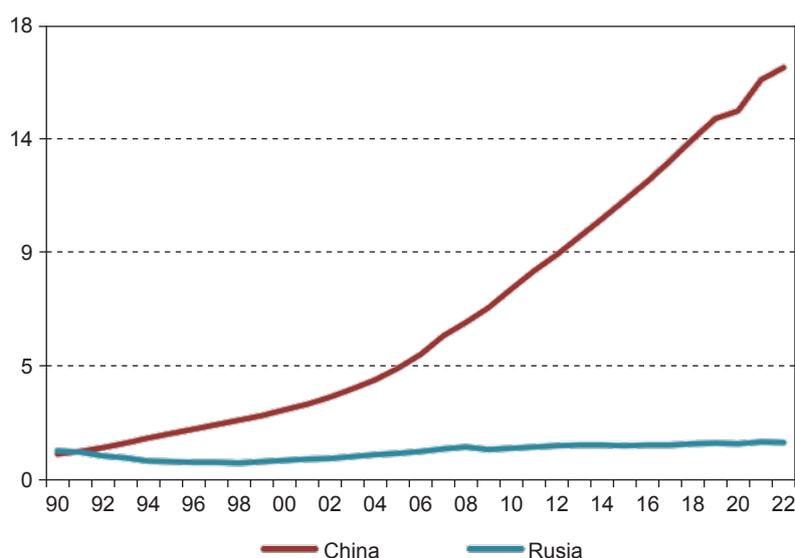
Las economías de Rusia y China tenían un tamaño similar hace 30 años, pero su evolución no puede haber sido más diferente (Figuras 1 y 2). La economía rusa sigue estancada con el mismo tamaño que tenía entonces, aunque ha recuperado algo después de las enormes dificultades que experimentó en los años noventa y, especialmente, después de la crisis financiera que Rusia experimentó en 1998 después de suspender pagos sobre su deuda soberana y devaluar el rublo.

Aunque la economía rusa consiguió salir airosa de la crisis de 1998, ha seguido acumulando problemas estructurales incluyendo la enorme concentración de su

economía en un solo sector: petróleo y gas (Figura 3A). A su misma vez, la inversión directa en la economía china ha languidecido por falta de perspectivas de crecimiento, pero también por la escasa apertura que se ha producido en los últimos años, después del intento fallido de la primera mitad de los noventa. Así, la falta de capacidad productiva excepto por la extracción de minerales, petróleo y gas, ha llevado a una generación de empleo escasa y cada vez más orientada hacia el sector público. Esto significa que, incluso antes de la guerra de Ucrania, la evolución del poder adquisitivo de la clase media rusa para nada asemeja a la de la clase media china.

China, en cambio, ha multiplicado el tamaño de su economía casi 20 veces desde entonces, especialmente desde su entrada en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001. Las razones detrás de este rápido crecimiento —sin parangón en la historia económica reciente— son fundamentalmente dos. La

FIGURA 1
TAMAÑO DE LA ECONOMÍA
(En mm de dólares constantes de 2015)



FUENTE: Natixis, Banco Mundial.

FIGURA 2
CRECIMIENTO DEL PIB REAL
(Interanual)



FUENTE: Natixis, Banco Mundial.

primera razón es la rápida apertura de la economía china a la inversión extranjera en el sector manufacturero, lo que ha facilitado una fuerte transferencia tecnológica, acompañada por una mano de obra barata. La segunda razón estriba en las importantes reformas que China llevó a cabo para poder entrar en la OMC con el objetivo de liberalizar su mercado, pero también la desregulación del mercado laboral y el apoyo al sector privado, así como la protección de los derechos del inversor.

La fuerte inversión directa en manufacturas, junto con el propio dinamismo de la economía china y el acceso de sus exportaciones a los principales mercados mundiales, no solo ha impulsado el crecimiento económico, sino que también ha generado una significativa diversificación en la economía del país. Esto se ha logrado gracias al notable aumento del valor añadido en el sector manufacturero chino (Figura 3B).

Antes de evaluar el impacto de la invasión de Ucrania en la economía rusa, es importante recordar cómo la

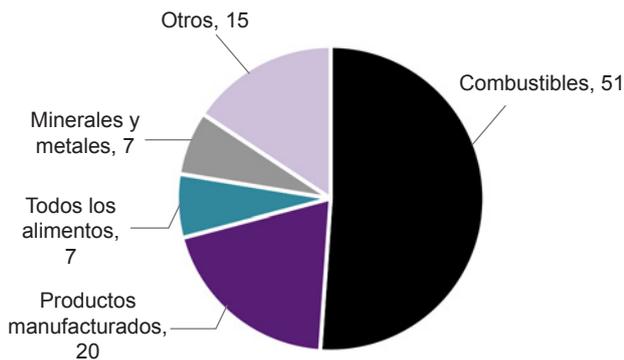
anexión de Crimea en 2014 la afectó para extraer algunas lecciones. El primer punto es que Occidente ya impuso sanciones a Rusia entonces, lo que llevó a Rusia a ser mucho más cautelosa y a protegerse de posibles sanciones a futuro. Una de las principales medidas que tomó Rusia como respuesta a dichas sanciones fue la de acumular una gran cantidad de reservas internacionales, pero evitando, en la medida de lo posible, la acumulación de dólares para protegerse de posibles sanciones futuras. Como consecuencia de esta decisión, Rusia acumuló renminbi, pero también oro. La otra gran consecuencia de la anexión de Crimea y la reacción de Occidente fue la aceleración de la reorientación de la economía rusa hacia Oriente y, en concreto, hacia China. En un primer momento, este acercamiento fue mucho más claro por el lado de las importaciones rusas. En ese momento, los productos chinos, tanto de consumo como intermedios (como maquinaria, etc.), comenzaron a sustituir a los europeos. Por el lado de las exportaciones rusas, China se convirtió en su primer

FIGURA 3

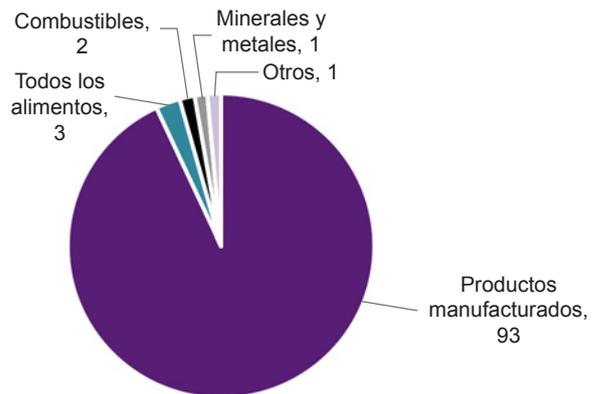
RUSIA Y CHINA: ESTRUCTURA EXPORTADORA, 2018-2022

(En %)

A. Rusia



B. China



FUENTE: Natixis, UNCTAD.

mercado, aunque el petróleo y el gas seguían destinándose principalmente a Europa. Aun así, Crimea despertaría a Rusia puesto que nada más anexionarla, Putin firmó una gran alianza para suministrar gas a China mediante la construcción de un nuevo gasoducto (Poder de Siberia I) con un valor equivalente a 400.000 millones de dólares, permitiendo que el gas ruso llegara a China. Es importante notar que Putin tuvo que aceptar precios del gas para China muy inferiores al gas exportado a Europa. En otras palabras, la decisión de Putin de girar la economía rusa hacia China no es nueva ni tampoco ha tenido una fuerte racionalidad económica, pero, sin duda, tenía un sentido geopolítico que el mundo solo entendería con la invasión de Ucrania por parte de Rusia.

De hecho, lo que dicha invasión ha significado es una aceleración de la dirección que Rusia tomó hace casi diez años. Rusia ha entendido que su política de economía de guerra le ha permitido sobrevivir después de la aneación de Crimea y, mucho más aún, desde la invasión de Ucrania, aunque con la gran dificultad de haber visto sus

reservas internacionales congeladas y, por tanto, sin acceso a las mismas. Lo bueno es que Rusia ha conseguido financiar su creciente gasto público gracias al fuerte aumento de sus exportaciones empujadas por un aumento del precio del petróleo, y especialmente del gas, después de la invasión de Ucrania. El hecho de que China, junto con India y otros países, hayan seguido importando petróleo y gas de Rusia, sin duda ha sido de gran ayuda. Adicionalmente, China —y a pesar de las sanciones impuestas por Occidente— ha seguido exportando una gran variedad de productos a Rusia. En algunos casos estos bienes podrían caracterizarse de uso dual, como es el ejemplo de los drones y algunos tipos de semiconductores, y es justamente por eso que algunas empresas chinas han sido sancionadas por EE UU y, más recientemente, en el caso de tres empresas, por la Unión Europea (Figura 4). De hecho, en 2022, las importaciones rusas de China sobrepasaron a las de la UE, pero las importaciones europeas de Rusia siguen siendo muy superiores a las de China. En otras palabras, Rusia depende de China para importar

puesto que tiene cerrados otros mercados, pero sigue vendiendo a Europa.

Más allá de la relación comercial entre China y Rusia (García-Herrero y Xu, 2016, 2019), que sin duda es mucho más intensa que en el pasado, el cambio más importante es la enorme dependencia que Rusia ha ido desarrollando con China. China se ha convertido en el principal prestamista e inversor de Rusia y también su principal colaborador en proyectos estratégicos como los nuevos gaseoductos (con la extensión del gaseoducto oriental que une a China con Rusia, «Poder de Siberia II»), así como el de la Ruta del Ártico e incluso el acceso al Puerto de Vladivostok en mayo de 2023. También es cierto que el Kremlin es consciente del riesgo de una excesiva dependencia de Rusia y de que las empresas rusas —que no tienen ya acceso a la financiación internacional— sean adquiridas por empresas chinas. De hecho, los intentos que la compañía china de petróleo (CNPC, por sus siglas en inglés) de adquirir la rusa «Slavonic Oil» no han llegado a buen puerto.

La fuerte dependencia de China se une a otro problema importante de la economía rusa: la situación de sus consumidores en una economía dominada por el gasto militar. La renta disponible de los hogares rusos

se ha visto perjudicada por la elevada inflación desde que empezó la invasión de Ucrania. Aunque se ha moderado, sigue en niveles del 7%, según estadísticas oficiales, y probablemente sea aún mayor según algunas estimaciones privadas.

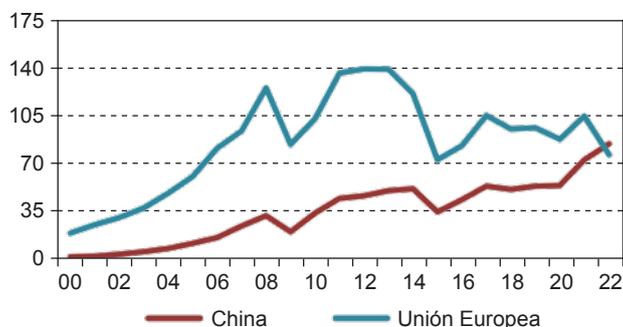
Por último, la población rusa carece de un modelo de crecimiento sostenible, independientemente del resultado de la guerra. Esto se debe a la continua disminución de la población y a la dependencia de un solo sector económico que está experimentando una transformación profunda debido a los cambios en el ámbito energético. Rusia —a pesar de su revisionismo imperialista y sus aires de grandeza— es una economía envejecida sin diversificar por lo que la dependencia de China solo podrá aumentar.

6. Conclusiones

Rusia y China se conocen bien. Saben que ambos son poderes revisionistas basados en sus respectivos pesos como civilizaciones eslava y sónica, respectivamente. Pero justo por eso también se temen. La historia ha ido alternando el peso de ambos. La caída de la Unión Soviética ha dado paso a una China poderosa, tanto en términos económicos como políticos.

FIGURA 4

IMPORTACIONES DE RUSIA (En millones de dólares)



FUENTE: Natixis, UNCTAD.

Rusia y China comparten —y en buena medida compiten— por Asia Central, pero la anexión de Crimea y la invasión de Ucrania han dejado claro cuál es la dirección en la relación entre ambos: la cada vez mayor dependencia rusa de China.

El apoyo de Xi Jinping a Putin debe leerse en este contexto: Xi entiende perfectamente que Rusia aspira a ser un imperio, pero carece del músculo económico y necesario, el cual se está debilitando aún más con el tiempo. Por lo tanto, cada vez más, Rusia necesitará la cooperación económica y política de China. La razón por la que Putin está dispuesto a aceptar un acuerdo de caballeros es que no le queda ninguna otra opción. La invasión de Ucrania debe entenderse dentro de un entorno cada vez más desafiante para Rusia. Este entorno no solo está marcado por las consecuencias de la anexión de Crimea, sino también por la transición energética que reduce la importancia de Rusia como principal proveedor de energías fósiles. Además, China está experimentando una desaceleración económica que se prevé que sea estructural, agravada por la contención tecnológica de EE UU en medio de una intensa competencia estratégica. Por lo tanto, el futuro de China en un mundo tan cambiante tampoco está plenamente asegurado, lo que beneficia a Putin.

En resumen, Rusia necesita a China y China se beneficia de ello. Putin ha tenido que aceptar el menor mal para invadir Ucrania: el de depender más de China. El éxito de esta apuesta dependerá de muchos factores, incluyendo el resultado de la guerra y el estado de la economía rusa una vez que esta finalice, así como del futuro económico y político de China.

Referencias bibliográficas

- Acharya, A. (2020). The Myth of the 'Civilization State': Rising Powers and the Cultural Challenge to World Order. *Ethics & International Affairs*, 34(2), 139-156.
- Ambrosio, T. (2017). The Architecture of Alignment: The Russia-China Relationship and International Agreements. *Europe-Asia Studies*, 69(1), 110-156.
- Coker, C. (2019). *The Rise of the Civilizational State*. Polity Press.
- Dostoievski, F. M. (1881). *Dnevnik pisatelya* (Diario de un escritor). http://az.lib.ru/d/dostoewskij_f_m/text_0530.shtml
- Fong, C., & Maizland, L. (2022). China and Russia: Exploring Ties between Two Authoritarian Powers. *Council on Foreign Relations*. https://www.cfr.org/background/china-russia-relationship-xi-putin-taiwan-ukraine?gclid=CjwKCAiAIJKuBhAdEiwAnZb7ldC9AhbXqAg7PtYy0xySfE3E5OqUuJGwU5VGMz8xjuhX_nfKIZei7hoCNuUQAvD_BwE
- Gabuev, A. (2024). Putin and Xi's Unholy Alliance. Why the West Won't Be Able to Drive a Wedge Between Russia and China. *Foreign Affairs*. <https://www.foreignaffairs.com/china/putin-and-xis-unholy-alliance>
- García-Herrero, A., & Xu, J. (2016). *The China-Russia trade relationship and its impact on Europe* (Bruegel Working Paper No. 4/2016). <https://www.bruegel.org/working-paper/china-russia-trade-relationship-and-its-impact-europe>
- García-Herrero, A., & Xu, J. (2019). How does China fare on the Russian market? Implications for the European Union. *Russian Journal of Economics*.
- Hillman, J. E. (2020). *China and Russia: Economic Unequals*. Center for Strategic & International Studies (CSIS). <https://www.csis.org/analysis/china-and-russia-economic-unequals>
- Kissinger, H. (1994). *Diplomacia*. Ediciones B.
- Korolev, A., & Portyakov, V. (2018). China-Russia Relations in Times of Crises: A Neoclassical Realist Explanation. *Asian Perspective*, 42(3), 411-437.
- Lamo de Espinosa, E. (2021). *Entre águilas y dragones. El declive de Occidente*. Espasa.
- Lo, B. (2008). *Axis of convenience: Moscow, Beijing, and the new geopolitics*. Brookings Institution Press.
- Lobell, S. E., Ripsman, N. M., & Taliaferro, J. W. (2009). Introduction: Neoclassical Realism, The State, and Foreign Policy. In S. E. Lobell, N. M. Ripsman & J. W. Taliaferro (Eds.), *Neoclassical Realism, the State, and Foreign Policy* (pp. 1-41). Cambridge University Press.
- Mankoff, J. (2011). *Russian Foreign Policy. The Return of Great Power Politics*. Rowman & Littlefield Publishers (second edition).
- Mankoff, J. (2022). *Empires of Eurasia: How Imperial Legacies Shape International Security*. Yale University Press and Center for Strategic and International Studies (CSIS).
- Milosevich, M. (2024). *El imperio zombi. Rusia y el orden mundial*. Galaxia Gutenberg.
- Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular China. (22 de marzo de 2023). *Declaración Conjunta firmada por el presidente Xi Jinping de la República Popular China y el presidente Vladimir Putin de la Federación de Rusia sobre la Profundización de la Asociación de Coordinación Estratégica Integral en la Nueva Era* [Declaración

- conjunta]. Kremlin-Moscú. https://www.fmprc.gov.cn/esp/gjhdq/xo/3220/3222/202303/t20230322_11046126.html
- Niblett, R. (2024). *The New Cold War: How the Contest between the US and China Will Shape Our Country*. Atlantic Books.
- Ripsman, N. M., Taliaferro, J. W., & Lobell, S. E. (2016). *Neoclassical Realist Theory of International Politics*. Oxford University Press.
- Rose, G. (1998). Neoclassical Realism and Theories of Foreign Policy. *World Politics*, 51(1), 144-172.
- Sarotte, M. E. (2021). *Not One Inch. America, Russia and the Making of Post-Cold War Stalemate*. Yale University Press.
- Sher, N. (2024, May 6). Behind the Scenes: China's Increasing Role in Russia's Defense Industry. *Carnegie Endowment for International Peace*.
- Tsui, K. (2023). Russia and China are getting closer than ever. *Semafor*. <https://www.semafor.com/article/12/06/2023/russian-approval-of-beijing-has-soared-a-new-poll-finds>
- Waltz, K. N. (1979). *Theory of International Politics*. McGraw-Hill.
- Waltz, K. N. (2000). Structural Realism after the Cold War. *International Security*, 25(1), 5-41.
- Xi, J. (2023). Avanzar con ánimos elevados por abrir un nuevo capítulo de la amistad, la cooperación y el desarrollo común entre China y Rusia. *Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China*. https://www.fmprc.gov.cn/esp/zxxx/202303/t20230320_11044940.html
- Yoder, B. K. (2020). Theoretical rigor and the study of contemporary cases: explaining post-cold war China–Russia relations. *International Politics*, 57, 741-759. <https://link.springer.com/article/10.1057/s41311-019-00173-z>